

DANZA

Marta Alvarez Carasa



Danza

Capítulo 1

Sintió que no aguantaría mucho más aquello. Como la tocaba, como la olía, como le susurraba lo perfecta que era y lo mucho que la deseaba. Arqueó el cuerpo salvaje pero lentamente al sentir como él la penetraba. Agarró su espalda para acercarle más a ella; quería sentirle y sabía que él quería lo mismo.

La miró con aquella sonrisa...esa que solo él podía conseguir; de medio lado, sin casi abrir los labios pero tan sincera como un te quiero que se escapa sin control de una boca insegura gobernada por un corazón desbocado. La sonrisa se transformó en un cálido beso seguido de una suave, pero firme embestida. Espaldas arqueadas. Piel con piel. Alma contra alma.

Y así siguieron. En una sinfonía de embestidas, besos y caricias. Suave. Lento. Fuera. Y dentro. Sintiendo cada movimiento y disfrutando cada reacción en el otro. De pronto él paró. Quería que ella se pusiera encima. Vio el pánico en sus ojos. Supo lo que ella estaba pensando. Y solo con una mirada le arrebató de un plumazo todos los miedos y complejos que la habían encerrado en sí misma durante tanto tiempo.

Al verla sobre él, ella pudo ver como su cara se iluminaba. Como si estuviera viendo lo más bello que alguien jamás pudiera haber imaginado. Tocó sus muslos; que ahora yacían sobre él. Elevó sus manos hacia sus caderas; firmemente, y recreándose en cada pedazo de piel, como si pudiera sentir cada insulto y cada gota de odio que ella les había dirigido alguna vez. Siguió subiendo. La respiración de ella era cada vez más entrecortada; sus miedos salían de ella impidiéndola respirar mientras se rendía ante sensaciones creídas prohibidas para ella. Hasta entonces.

Sintió sus manos en sus pechos. Los acariciaba con tanta suavidad como si se tratase del tesoro más delicado jamás hallado. Y todo ello sin dejar de mirarla, sin dejar de alucinar porque alguna vez alguien así pudiera haber sentido vergüenza o miedo de mostrarse...tal y como era. Perfecta. Sin dejar de ver la belleza que desprendía cada estría, cada cicatriz, cada parte de su cuerpo. Sin comprender como ella podía haberle elegido a él para mostrarle lo más íntimo que tenía.

La miró suplicante. Ella comenzó una suave y lenta danza. Insegura de sus movimientos. Sin atreverse a mirarle. Deseando con todas sus fuerzas que no viese como ella y su cuerpo se movían. Él alzó sus manos cogiendo su cara y la obligó a mirarle. Los movimientos eran cada vez más rápidos, más salvajes; como si con cada uno trataran de saciar la sed que tenían ambos del otro.

Él se incorporó ágilmente y ella quedó sentada a horcajadas sobre él. Pasó las manos por su cuello y él rodeó su cintura con una mano mientras con la otra acariciaba uno de sus pechos y besaba salvajemente su cuello. Jadeantes y casi sin aliento; ella se soltó y se dejó caer hacia atrás. Quería sentirle más dentro. Con su lengua, él recorrió su cuello bajando hasta el ombligo. Al incorporarse, no pudo evitar lanzar un gran gemido. Le volvió a agarrar. Que nunca se fuese de su lado.

Cada movimiento les acercaba más al cielo mientras se sentían arrastrados por un placer infernal. Sudando, besándose, siguieron abrazados al compás de sus movimientos. Sintiéndose por dentro y por fuera. Sintiendo sus cuerpos y sus almas. En una danza que los dos desearon que jamás tuviera un final.